

TIERRAS DE ESPANA

PRIMERA PARTE

SER

INVOCACION

¡Tres veces, Señor,
desgarre mis carnes el cardo maligno
antes de encontrarte, para hacerme digno
de besar tus plantas; tres veces, Señor!

En tu templo estoy;
roe de mis huesos el vicio pagano,
¡y haz que en sus misterios me renueve humano,
si en tu templo estoy!

Echame en los hombros tu magnificencia;
dime tú la ley de toda Apariencia;
hueco en tus entrañas hazle á mi conciencia;
vea yo los seres y sienta la esencia
—y así, en mis salmodias, te haré reverencia.

Canto, en estos prados, bajo esta montaña.
Canto los milagros de cosas reales;
y, al sonar de esquila de los manantiales,
busco al Dios, que habita por estos hayales...
—Canto tierras tuyas, madre mía, España.

ALBA EN EL PRADO

1

Todo lo vi con tanto sosiego
durmiendo en ti, verdura del prado,
hoy, cuando abrí mi oscura ventan
que me sentí partícipe tuyo.

Hacia son la lluvia menuda
la inanición del aire llenando;
y el corazón tenía, por ella,
la sensación del orbe fluído.

Un pertinaz remanso de nieblas
la clara faz del cielo escondía,
y allá en el haz del cerro acogiéndose,
toda la paz del prado agrandaba.

Vi, en el henar, dos vacas dormidas
quietas estar, en tanto reposo,
que al penetrar en mi alma su imagen,
oí callar la esquila pendiente.

Y en la quietud de todas las cosas,
la multitud de fuerzas del valle,
por la actitud suspensa, tenía
una virtud de vida formándose.

II

¡Señor, Señor, colmaste mi día!
En el sopor que trunco, profano,
siento el fervor callado y perenne
de la labor del orbe, en la noche.

Y veo en él, por modo inefable,
todo el tropel de seres vivientes
llegar á un fiel de calma, que sólo
romperá Aquel que tiene el Milagro.

III

¡Dame, Señor, que goce tu obral
 Quiebra el sopor de tanto equilibrio;
 vibre, Señor, tu aliento en el aire
 como un hervor que anima las cosas.

Sin el real milagro, que es tuyo,
 y en la total balanza de fuerzas,
 todo en igual quietud yace inánime;
 todo es final del orbe.

No agita
 ni su cristal la onda del río,
 ni su metal la esquila pendiente.

MAÑANA DE AGOSTO

¡Mañana de Agosto, qué ligero andar!
 Con esta rociada que hace el paso quedo,
 la humedad que moja mi planta, al pisar,
 entrando en mis venas, les pone el desnudo
 de una juventud que es ya secular;
 ¡todo el esponjoso frescor del hayedo
 de pies á cabeza lo siento pasar!
 Mañana de Agosto... ¡qué ligero andar!

La vereda tuerce bajo mis andadas;
 enfile una valla de tablas mojadas
 que, al tocarla, el agua deja gotear;
 la vereda, alegre, se anima y dispierta;
 de una piedra en otra la veo saltar;
 como un lazarillo me lleva á una puerta;
 tras la puerta, un prado que parece un mar...

Relucen los hilos del agua escondida
 que hiere, al soslayo, la lunibre solar
 y la yerba enana se esponja, movida
 de la mano blanda del agua, al pasar.
 El prado es tan ancho que le hacen vallada
 tres leguas de hayedo cumplidas de andar,
 y en holgura tanta, goza la mirada,
 sin cansarse, el verde tierno del henar...

Los pasos del hombre le abrieron senderos
 en el ajeteo de cada jornada;
 afanes humanos, parecéis ligeros,
 á este albor de luces, en esta encontrada,
 cuando vuestro peso, por estos oteros,
 sólo deja un poco de yerba aplastada...
 Dispersa en el prado paca una yeguada;
 lo cruzan, en busca del monte, corderos;
 y se ve, en los fondos, toda acurrucada,
 bajo el techal negro de rotos aleros,
 la silueta de una casuca arruinada
 donde, á prima noche, desde la majada,
 por zafarse al frío de la madrugada,
 bajan las ovejas con sus ovejeros.

Al primer atisbo del sol matutino
 azulean nieblas en el aire fino;
 el aire deshace sus masas tranquilas;
 toda luz acoge, todo son le llena
 y se hace especioso; se tiñe y resuena
 de vapor de nieblas y rumor de esquilas.

DE UNA MOZA DE ALDEA

I

Tú, que eres tan graciosa
 y audaz en tu talante montañero,
 no escapes ruborosa;
 antes ven al sendero;
 que te vea, al pasar, todo viajero.

Que, pasando, te vea
 y se vuelva á mirar, agradecido;
 y, de toda tu aldea,
 lleve todo el sentido,
 en tu rostro de gracia recogido.

Que estas claras ventanas
 en vano, tras de ti, se multiplican;
 y en vano estas campanas
 de tu Iglesia repican,
 si en tu hermosura no se significan...

II

En aquella posada,
 tan á mano de entrarla, en el camino,
 ¡qué cosa regalada,
 llegando peregrino,
 tenderte el vaso y que me dieras vino!

De tu nombre sabría,
 de tu casa y rebaños en el prado;
 mezquino hablar sería;
 pero todo avivado
 en el perfume del henil colmado.

Fuera mía, un momento,
 la paz de estos contornos exquisita,
 y el quieto arrobamiento
 de tu aldea bendita
 lo sentiría en ti, cómo palpita.

III

Y llegada la puesta,
y yo vuelto al sendero, no sabrías,
en lo alto de la cuesta,
¡con qué melancolías
te sonriera, si me sonreías!

La lumbre de poniente,
tomando en el camino reverbero,
nimbaría tu frente;
y en el umbral severo
pondría luz tu rostro vividero...

—Cuando tu aldea incierta
ya no recuerde mi alma peregrina,
¡aún te veré, en tu puerta
de madera de encina,
como imagen devota en hornacina!

EL SENDERO

Tú, que andas este sendero
conmigo, hijo mío,
tan suave y tan hacedero
en el soto umbrío,
con el humilde madero
de puente, en el río,
que va al molino harinero
desde el caserío,
¿no piensas en el primero
que lo abrió, hijo mío?

Fué un mozo que pasaría
por aquí, saltando;
las yerbas no miraría
que aplastaba andando;

la guija, que se salía
 de sus pies botando,
 ó el césped, donde se hundía
 su pisada en blando,
 ¡le eran igual, aquel día
 que pasó, saltando!

Fué un tiempo en que tuvo amores
 el mozo, hijo mío;
 quería llegar con flores
 hasta el caserío;
 buscó los sitios mejores
 en el soto umbrío;
 ya ellos le eran guiadores
 y no su albedrío
 —¡y así empezaron amores
 la senda, hijo mío!

Fué un tiempo en que los deberes
 su paso acuciaron;
 y al ir para sus quehaceres,
 sus plantas buscaron
 la horma aquella en que placeres
 de amor le empeñaron;
 ocasos y amaneceres
 pasar le miraron,
 y así afanes y deberes
 la senda trillaron.

Fué aquel tiempo en que los años
 pesan, hijo mío;
 cuidados y desengaños
 menguaron su brío;
 el viejo, en días hurraños
 de un Diciembre frío,
 tendió un puente en que, sin daños,
 traspasar el río
 —¡y así acabaron los años
 la senda, hijo mío!

—Tú, que andas este sendero
 de mi mano, cuida
 de pensar en el primero
 que le dió medida;
 ¡viejecito molinero!,
 la harina molida
 que te cayó del harnero
 no será perdida:
 la encuentro en este sendero,
 que es toda una vida.

Hijo mío, espera bueno
 y suelta mis manos;
 ¡anda!—que en todo terreno
 hay dejos humanos;
 recorres un mundo lleno
 de muertos hermanos;

buscan tu mano, en tu seno,
millares de manos.

Porque esta tierra, en contienda
con lo violento,
recoge como una ofrenda
todo humilde aliento;
los imperios de leyenda
trago en un momento;
¡pero conserva esta senda
como un monumento!

Busca, hijo mío, la fuente
de las maravillas;
aprende á inclinar tu frente,
á hincar tus rodillas,
¡y Dios quiera, en tu poniente
de hojas amarillas,
que tus manos—ó tu mente—
las tablas sencillas
puedan colocar, de un puente
entre dos orillas!

DE UN BOYERO

¡Ay-dá!... La aguijada señala el sendero
y en el aire limpio se abre el grito— *¡ay-dá!*...,
y el carro de bueyes, al lado el boyero,
cada madrugada, bosque adentro va.
Traquetea al paso madero y madero;
si aquí se hunde el carro, se levanta allá;
¡qué camino duro!, pero ¡qué hacadero
para los dos bueyes enormes!—*¡ay-dá!*

Tengo envidia al mozo que les es boyero;
cada madrugada le llamo, al pasar:
—¿Adónde, á estas horas, por este sendero?
—Adonde ayer, dueño; no me cabe errar;
y adonde hoy, mañana; y así el año entero;
¡mi cuento es el cuento de nunca acabar!...

Ya el carro anda lejos; el mozo ligero
va por un alcorce con el carro á dar;
vadea un regato pisando un madero;
los dos bueyes hacen el agua saltar...
Como, en cuesta pina, se encorva el sendero,
desde aquí, en su carro, se sienta el boyero;
no le ven mis ojos y le oigo cantar.

Sobre la negrura del bosque, el lucero
que precede al alba se ve clarear
y, en lo alto, las últimas hayas del otero,
con las ramas, casi lo pueden tocar.
Ya suena tan lejos el canto agorero,
que el bosque, en sus ramas, lo cierne al pasar;
¡corazón del mozo, corazón ligero!
Tal codicia tiene del sol mañanero,
que detrás del canto se ha puesto á volar.

Sobre el haz del bosque se apagó el lucero;
la luz que él tenía la toma el cantar;
¿será que, vibrando su rayo primero,
la lumbre del día no tolera par?
¿ó será que, desde la paz del otero,
del cielo, á hurtadillas, lo arrancó el boyero
y dentro del alma se guarda el lucero
y él es la alegría que le hace cantar?...

¡Mañanas del bosque!...

Desde mi clausura,

la voz del boyero, llegándome pura,
me vale el milagro de una evocación...
Bosque adentro el mozo, crece su figura;
como un dios avanza por la senda oscura;
la agujada al hombro, la marcha segura,
se aclaran las sombras á su aparición.

Páranse á mirarle las blancas deidades
que vagan de noche por las soledades
y tejen las nieblas del amanecer;
el candor del mozo no hace cura de ellas
y ellas van sembrando de flores sus huellas
con una exquisita gracia de mujer.
Su canción humana las conmueve tanto
que algunas se ensayan á copiar el canto
pulsando las liras de los manantiales;
y otras, tan de cerca le rozan la frente,
que el mozo levanta la mano indolente
y todas escapan entre los hayales;
si una más curiosa queda rezagada,
el mozo, pasando, prende en la agujada
las gasas de niebla que son sus cendales.

El boyero ignora toda su aventura;
su labor le embarga...

Pero, cuando vuelva,
su voz dará un timbre de extraña frescura,
su alegría siempre será la más pura;
¡tendrá, en todo el aire de su catadura,
yo no sé qué hechizo divino de selva!...

—Rústico agorero, tranquilo boyero
del trabajo humilde, del vivir sincero,
¡Dios guíe tus pasos por este sendero;
nunca llamen duelos á tu corazón!
La mañana entrada, con fervor te espero;
tal vez no lo guardas en tu alma, boyero;
¡pero entre tus manos me traes el lucero
cuya luz te robo para mi canción!

JUVENTUD DE LA TIERRA

I

La juventud de la Tierra asegura
mi corazón en la entraña intranquila;
se pierde el rastro, por esta espesura,
del galopar del caballo de Atila...

Yo sé, al mirar, que ha pasado la Historia,
toda en furor, por los sitios que miro;
pero estas hayas no guardan memoria
del viejo horror, en su fresco retiro.

No hicieron duelo, estas cumbres alzadas,
por la Nación que tragaban sus fauces;
ni torció el agua, por estas cañadas,
la destrucción de un imperio en sus cauces.

Sin estas ruinas de piedra, en que hallamos
dejos remotos de estilo y costumbres,
empezaría lo eterno, en sus tramos,
y no tendrían edad, estas cumbres.

Porque ellas son, en la red cristalina
de agua vivaz, que las nutre y decora,
como si al mundo vinieran ahora,
frescas aún de la mano divina.

¡Oh, juventud de la Tierra, asegúrame
mi corazón en la entraña intranquila!
¡Ponme á cubierto, en tu viva clausura,
de la vejez, mi caballo de Atila!

II

Yo quiero entrar con el alma, á forzadas,
á hundirme en ti, juventud de la Tierra;
no he de bajar de estas cumbres calladas
sin apropiarme la ley que te encierra.

Mi corazón, que en su vida ya larga,
vacila, al peso de tantos escombros,
quiere saber de qué modo, en tus hombros,
cayó tan bien, que no pesa, la carga.

Mi corazón, que aquietó sus latidos
en las cenizas que ayer fueron astros,
quiere saber cómo, yerbas y nidos,
de sangre y fuego, disipan los rastros.

Mi corazón que, en los garfios ardientes
de mi ambición, se consume y se agota,
quiere saber de qué vena remota
fluye el eterno caudal de tus fuentes.

Mi corazón que me asume, á quien quiero
sobre mi vida y mi muerte triunfante,
quiere saber en qué forja de acero
labró tu escudo un Vulcano gigante.

Naturaleza de miembros lozanos
y de un licor inmortal en tus pechos,
¡yo quiero ser como tú; que están hechos
de fango tuyo mis huesos humanos!

Quiero ser agua, por estas cañadas;
y secular peñasco, en la sierra;
¡yo quiero entrar con el alma, á forzadas,
á hundirme en ti, juventud de la Tierra!

III

De seculares desastres fabricas
los musgos tiernos de tus primaveras,
y sobre polvo de muerte radicas
en la abundancia de tus sementeras.

Toda en letargo, al rigor del invierno,
con el estío, dispiertas á boda;
sabes poner tu follaje más tierno
sobre el muñón rebañado en la poda.

No te apercibes á luchas futuras
cauta y sagaz con las armas que hoy llevas,
Tierra; y así, porque toda te apuras,
toda, en cabal juventud, te renuevas.

Y así espontánea, en diaria ruina
toda te das, sin taimada reserva;
que no es tu vida una brizna de yerba,
sino el calor de la mano divina.

IV

Tierra, en perenne deliquio, acompaña
al que, confuso, buscándote viene;
ríos, hayedos, vertientes, montaña,
¡penetre en mí la Ley que os mantiene!

Quiero surgir de mi propia ruina
y, en mis cosechas, saciar á la muerte;
y, en el vaivén exterior de la suerte,
ser nada más que mi esencia divina.

Porque yo soy; y las cosas me alteran;
y no consienten mis ansias gloriosas
que, en la decrepita edad, cuando mueran,
tire de mí la vejez de las cosas.

No; voy á aquella orfandad de memoria
que no conoce trasiegos ni arrastres,
y en que he de hacer mi ley de victoria,
de la impiedad en mis propios desastres.

Abro las manos al aire que pasa;
toda la paja del día le entrego;
que, si anda el tiempo, yo soy el que llego
cuando, en lo eterno, aseguro mi casa.

Porque yo duro. En el orbe constante,
mi alma inmutable es el ápice fijo:
Dios, en su mano, me tiene, á cobijo,
como carbón que va dando en diamante.

Como Job, quiero raer la corteza
que, unos tras otros, me dejen los años;
bajo mis pies romperé los peldaños
de esta ascensión que no acaba ni empieza.

Y al huracán me saldré, de cubierto;
y de mi henil hundiré los techales;
y daré, en obras, á los vendavales
mi pobre alforja de huesos de muerto;

hasta que en ti me coloque á seguro.
serenidad de la Mano Divina;
tu Permanencia es mi rostro, en el duro
variar de todas mis ansias en ruina...

—Tú, juventud de la Tierra, acompaña
al que, confuso, buscándote viene;
ríos, hayedo, vertientes, montaña,
¡penetre en mí la Ley que os mantiene!

DE UNA TERNERILLA

Volvía con la Amada,
al blando atardecer, por el sendero;
y, al hombro la aguijada,
nos iba, delantero,
conduciendo sus yuntas, un boyero.

Por la entornada puerta,
según que atravesábamos la vía,
y á aquella lumbre incierta
que en lo interior había,
la vimos, que rumiaba en la establa.

Hacia nosotros vuelta,
y alargando la testa, aún no formada,
la ternerilla esbelta
ya tenía, plasmada,
su gran paz de rumiante en la mirada.

Y el boyero, en el goce
con que la contemplábamos, gozando,
á un cuidadoso roce
su pelaje alisando,
de la ternera, así nos fué contando:

«—La he de llamar Estrella;
que la tuvo, al nacer; y es nombre bueno;
ésta es hija de aquella
del hocico moreno
que, por que el tierno quede, sopla el heno.

»Si á la madre salía,
ya tengo mi vejez asegurada;
que, con su madre, haría,
so yugo emparejada,
la yunta más cabal de la encontrada.

»Ella sola, hace un año,
su madre, fué el socorro de mi gente,
cuando enfermó el rebaño;
que servía, paciente,
el carro y el arado juntamente.

»La abuela, aquella oscura,
viene, para la leña, hasta el ribazo;
y es de testuz tan dura

que, atado en ella el lazo,
tira los robles, al primer hachazo.

»Enjuta y sacudida,
yo es brava en carnes; pero, en sangre, es brava;
y de recién parida,
taí, celosa tornaba,
que nadie á su lechiga se arrimaba.

»Entró en mi casa el día
que bautizamos al primer nacido;
y de aquella alegría
la ley, tanto ha podido,
que siempre, más que á todas, la he querido.

»Eran tiempos de afanes
aquellos; y de vida trabajada;
yo amasaba los panes
y, por cocer la hornada,
la dueña se iba al monte, á la leñada.

»Pero, en las juventudes,
nada carga en el alma, y todo pasa
sin dejar inquietudes;
cuando ella entró en la casa,
buenas hambres había y buena brasa.

»Cuando llegar la vieron,
por la ventana que abre á la cocina,
todos á ella salieron;
yo, en la cabeza fina,
le había puesto un penachón de encina.

»La bota de lo añejo
fué cangilón de noria, en el gentío;
y hubo tanto festejo,
que bailó, vera el río,
toda la santa noche el mocerío.

»Me salió buen ganado,
y en buen hora lo diga; que así ha sido;
las crías que me ha dado,
cuando las he vendido,
aún más amigos que onzas me han valido.

»Hija es de aquella falda,
metida en robledal hasta los prados;
y la compré en Garralda,
que manda á los mercados
lo mejor del Ayézcua, en sus ganados.

»Si, en creciendo que crezca,
le guarda, esta su nieta, parecido,
mi hija se lo agradezca;

que se la he prometido
para cuando dé el hijo á su marido.

»En lugar de ternera,
que es arrimo en la casa y hace apaño,
ternerillo naciera,
y, en las fiestas de hogaño,
ahorrárame un carnero del rebaño.

»La dueña, aunque ya en ruina,
todavía es lo bueno de la casa;
y anda por la cocina;
y sin hambre se pasa
bocado que ella aderezó á la brasa»...

—Fué á la madre arrimando
la cría; hasta las ubres dióle auxilio;
y el hombre siguió hablando,
en su gran paz de idilio,
grave, como un boyero de Virgilio...

YEGUADA EN EL BOSQUE

I

Nieta de otras que á Roma llevaron las legiones
y que, en su estampa, fueron ejemplar soberano
para un caballo en bronce de emperador romano,
cuando Galba á Germania batió, con sus bascones,
esta yegua solemne, de pelaje sombrío,
unge de calma antigua sus pisadas morosas;
y parece que agite, cuando bebe, en el río,
yo no sé qué Leteo de linfas misteriosas.

Y esta roja tresalba que, toda fuego, ostenta,
sobre tres de sus cascos, tres dedadas de nieve,
cuyas crines evocan un soplo de tormenta,
y á relinchar tres veces se para, cuando bebe,

menos recia de grupa, más batida de ijares,
tiene un bélico lampo de sangre cuando mira;
porque, en línea directa, perpetúa la ira
de aquellas que batieron á Roldán y sus Pares.

Las dos gozan prestigio de mando en la yeguada;
la tresalba, en las marchas; la negra, en los reposos;
y no hay línea, en las otras, atrevida ó forzada,
que ellas dos no la encierren, en sus cuerpos colosos.
La negra va á seguras hasta el sitio, en los prados,
donde la yerba es grasa y hay sombra bienhechora;
la roja, inquieta y ágil, en el aire, avizora
el olor penetrante de los henos segados...

Y esta roja, en sus marchas, rígida y violenta,
de armaduras quiméricas evoca el férreo empaque;
y tiene, en un encuentro, cuando os observa, atenta,
el trepidar de miembros que precede al ataque.
Pero la negra, en un desdén de semidiosa,
su gran cola nocturna batiéndole la grupa,
es como el monumento de su raza gloriosa,
cuando, á sombras de un haya, la yeguada se agrupa.

Porque en las horas quietas del arduo mediodía,
mientras en luz incrusta su ritmo la cigarra,
van las yeguas al bosque, que ya las protegía
cuando los Sanchos eran señores de Navarra.

Y, dándoles un haya techal, en su ramaje,
y, en su tronco, la verde frescura de una tapia,
ambas á dos encarnan los timbres del linaje;
la roja, su ardimiento; la negra, su prosapia.

II

Cuando á los pies de un haya se agrupa la yeguada,
 esta yegua morosa de las crines de endrino,
 si solamente en ella detengo la mirada,
 da, á todo el grupo, un aire de abolengo latino.
 Baten sus pies la tierra con un acompasado
 bracear, que denuncia la posesión pacífica;
 y veo, detrás de ella, la reja del arado
 rompiendo las entrañas de la tierra prolífica.

Bajo el hayal oteo la clara lejanía
 de unos campos que suenan á estrofa virgiliana;
 y, en el triunfo de oro de la paz octaviana,
 rezuma de abundancias la tierra labradía.
 Acóplanse las yeguas debajo del hayedo;
 doblan al yugo el cuello; cargan sobre las manos;
 y se alejan, al paso majestuoso y quedo,
 de un desfile de yuntas de colonos romanos...

Cuando, en verano, queme las tierras el bochorno
 y, al dardear de rayos del calor que las tuesta,
 casi tengan los trigos, en la abrasada siesta,
 el olor de los panes cociéndose en el horno,
 volverá la yeguada, la cabeza pendiente,

requiriendo las sombras del hayedo nativo;
 y, al entorno del haya, se agrupará, paciente,
 en un reposo de égloga, callado y expresivo...

Se agrupará, al entorno del haya, como ahora,
 que me insinúa en todo su abolengo latino,
 triunfando, por la estirpe, de la edad destructora,
 esta yegua solemne de las crines de endrino.

III

Quando á los pies de un haya se agrupa la yeguada,
 esta yegua rojiza de la crin volandera,
 si solamente en ella detengo la mirada,
 reconstruye, en el grupo, la Basconia guerrera.
 Se adueñan sombras épicas de las yeguas, montura
 de jefes, que rodean la tienda de su rey;
 y empuñan lanzas rígidas hombres, con armadura
 de cuero, á la defensa de su pueblo y su ley...

El pelotón de yeguas tiende ansioso los cuellos
 á los montes cercanos, de erizados peñascos;
 temiendo y deseando que les llegue, desde ellos,
 el «irrinçi» de guerra, de los pastores bascos.
 La cañada adelante, por entrambas laderas,
 ocultas en la jara, trepan á las alturas;
 el invasor las toma por vírgenes guerreras
 viendo, á su arribo, tantas crinadas cabelleras
 flamear, por las crestas de las escarpaduras...

Siente el bascón ceñudo que el autóctono grito
 de sus relinchos bélicos le ampara en el combate;
 y, afincándose en ellas, los peñascos abate
 que, al resbalar, incendian sus punta§ de granito.

Mueren, en la cañada, los guerreros altivos
 que llevan un imperio sobre sus armaduras;
 y huyen de aquellos montes, que les entierran vivos,
 desplomándose en ellos, como dos sepulturas.

Y á la tarde, pisando la sangre, en cada vado,
 torna, á lo más espeso del hayal, la yeguada;
 á esquivar, cuando sepa su rota, en la cañada,
 la represalia en número, del coloso burlado.
 Bajo el techal de un haya, la yeguada se agrupa,
 y del poniente humean, á la luz amarilla,
 la espuma de los belfos, el sudor de la grupa,
 y la sangre, que mancha las pieles de la silla.

Bajo el techal de un haya se agrupa, como ahora,
 que me insinúa en toda su Basconia guerrera,
 triunfando, por la estirpe, de la edad destructora
 esta yegua rojiza de la crin volandera.

IV

En un día de Pascua Florida, al primer giro del sol, por estos cielos recién asegurados, yo os quisiera, á las dos, reunir en el tiro del carro en que, á montones, van los henos segados.

Llenarían el aire los henos primerizos, en el olor agudo de aquel su primer corte; y abandonando sus tugurios y chamizos, labradores, pastores, cabreros, boyerizos, á vuestro carro harían una triunfal cohorte.

Sobre vuestras cabezas de estirpe irían llenos, el frontal, de sonajas; la jáquima, de flores; y os pondría, en el carro, reclinada en los henos, la moza más garrida de estos alrededores.

Y sería una fiesta religiosa. Os saldrían al paso, las viejucas, desde sus portaladas; y vuestros cascabeles bruñidos sonarían á rebato de raza, por estas hondonadas.

Sería bien.—Entrambas merecéis la corona que consagre, en vosotras, los signos del linaje; porque sois, en el carro, bajo el común rendaje, la cachaza latina; la fiereza bascona.

Porque más que en la Historia, que es un eco moroso, trascendiendo á sepulcro, cuando los hechos narra, vi estar vivo, en vosotras, vuestro pueblo glorioso: la sangre en llamaradas y la sangre en reposo que son toda Navarra.

RENOVACION

Pequeñas marchas hice; yo las haré mayores;
conoceré, de vista, todos estos pastores;
me habrán hablado todos, cuando salga de aquí;
el camino que lleva del alto de Ibañeta
al redondel de piedras del romo Orzanzurieta,
por las pasadas que hice, se acordará de mí.

Sabré encontrar las fuentes, por sendas de cabreros;
en qué parte da el monte los mejores maderos
y qué encinas se tronchan para tostar carbón;
sabré dar con el jarro de leche, en las chabolas,
empujaré sus puertas, si las encuentro solas,
y pagaré, dejando medio pan, mi ración.

Cuatro días más tarde, daré con el cabrero
de quien bebí en la jarra, cruzando el hormiguero
de los rebaños, puestos á venta, en un ferial;

le hablaré de la leche, que me tomé á fiado;
me hablará de aquel pan, que le dejé á contado;
y, en dos pintas de vino, nos haremos cabal.

Renovará, en los usos, mi vida, sus caudales;
tantos rústicos modos me serán naturales,
que olvidaré el cansancio, que traía, de mí;
tantas palabras muertas encontraré, aquí, vivas,
y haré acopio tan grande de formas expresivas,
que no he de ser el mismo, cuando salga de aquí.

¡A pasto, á pasto, bocas de mis ansias mejores!...
Enfilaré los puertos, pisaré los alcores,
la dueña al lado; el hijo delante, en un pollino;
no han de ser, en dos meses, otros nuestros trabajos,
que andar, de pueblo en pueblo, por todos los atajos
y entrar en las posadas, las noches de camino.

Del Guirizu taimado que, al que está en la llanura,
le esconde, en un repliegue, la mitad de su altura,
todo el valle veremos, una tarde serena:
Francia al norte, cercana; tierra basca, á occidente;
á mediodía, el pico de Monreal; y, enfrente,
de los montes de Jaca, la picuda cadena.

Y así, luego, trillando la senda que escogimos,
nos sentiremos parte del paisaje, que vimos
en el Guirizu abrupto, bajo sus corvas hayas;

diferenciarse, lo antes uniforme, veremos;
y, según que nos abran sus puertas, sentiremos
de los distintos pueblos, las diferentes layas.

Val de Arce dilatado y Val de Ayézcuca arisco;
el uno intenta industrias; y el otro tiene aprisco;
aquél urde caminos; y éste pisa montañas;
los lugares que entrambos llevan en su regazo,
ya muestran, en lo vario de la aptitud y el trazo,
la diferente sangre que corre en sus entrañas.

Burguete, que ha crecido de estar junto al camino;
Arrieta, en que, al recuerdo de un vaso de buen vino,
aún veo sonreirme la moza del mesón;
Espinal, con blasones en los anchos portales;
y Aoiz en auge, centro de fuerzas industriales,
que palpita, en el llano, como un gran corazón.

De esta parte, la vida se adapta y se renueva;
la ruta cambia en oro las fuerzas que se lleva;
los polluelos son éstos y la clueca es Pamplona;
una Pamplona rica de actividad materna,
atenta á su prosapia, que trabaja y gobierna
con abarcas, debajo de la férrea corona.

Y al otro lado, ocultos, metidos en la falda
del monte, entre peñascos, los lugares:

Garralda,

nombrada en sus rebaños, y en sus potros famosa;
tiene en alto la iglesia y, en ella, un soportal
que encierra el marco esbelto de la puerta ojival,
en la mancha rojiza de su masa terrosa.

Hija del río, al lado del camino en declive,
en lo angosto y profundo del valle, surge Aribe
con su gran puente, en ruinas, tapizado de hiedra;
en una paz de idilio de huertos y trigales,
¡aún la veo, escalando sus peñas laterales,
entre bojés y robles, por caminos de piedra!

¡Recodos los del monte, silencio en los recodos!
¡Qué apartado me encuentro de los humanos todos
oyendo, por las hoces, mis pasos resonar!
Pero ¡qué valor toman las humanas pisadas
que, en roca viva, á fuerza de andadas y de andadas,
trillan estos senderos, de lugar á lugar!

Rosa entre cardos eres, para tus peregrinos,
Villanueva de Ayézcuca, huérfana de caminos;
Villanueva de Ayézcuca, la más vieja de todas;
en tu esquivo retiro, rica de aristocracia,
no olvidaré tus fuentes, ni la armoniosa gracia
con que, en el hondo valle, te esparces y acomodas.

Cortado á pico, el monte, que es, todo él, una peña,
su masa oscura aviva tu gracia lugareña;

Villanueva de Ayézcuca, de casas señoriales,
¡bien hallada, la moza de los pasos ardidós,
y, en sus manos, la herrada, con los aros bruñidos,
que coloca en la fuente de caños manantiales!

Que te protege, dínos, y no que te sepulta,
esta loma que á todas las miradas te oculta,
y que, en tanto silencio, te obliga á tanta paz;
tus mozas, con sus trenzas pasándolas del talle,
tienen, cruzando, al vernos, con rapidez, la calle,
un pánico gracioso de ardilla montaraz.

Villanueva de Ayézcuca, de casas señoriales,
me voy con la nostalgia de hacer, en tus portales,
la charla, anochecido, con tus clásicas viejas;
las he visto, á hurtadillas, mirar por las ventanas,
enérgicas, huesudas, cubriéndoles las canas,
la toca negra, atada detrás de las orejas...

De esta parte, la vida, como toca al origen;
no altera, todavía, las leyes que la rigen;
y es secular y joven, como la roca viva;
Val-de-Ayézcuca entre montes, me hiciste rastrear,
por estas angosturas, de lugar en lugar,
bajo mi España, aún fuerte, la veta primitiva.

Saldré de estos peñales con un canto de guerra;
sobre todas las tierras, ensalzaré mi tierra;

seré agresivo contra todo exótico intento;
queda aquí el reservorio de la raza nativa;
¡y hay piedra, en estos montes de soledad esquiva,
donde tallar los arcos para un Renacimiento!

MI POSADA

I

Vivo en una posada del siglo diecisiete
y revivo, por ella, la España teatral;
la de nuestros Felipes, que, si mengua en caudal,
aún tiene el gesto grande de ayer, cuando acomete.

La puerta es baja, pero de tan ancho boquete,
que hacen cuadro, sus jambas, con el dintel y umbral;
las tejas de madera le cubren el techal
de colgantes aleros y agudo caballete.

Sus paredes espesas garantizan su asilo;
abunda en piedra; pero ni turba ni complica
el aplomo, que, en ella, parece ser la ley;

y hay, en todas sus líneas, una holgura de estilo,
una española gracia de proporción, que indica
que Velázquez de Silva ya pinta para el Rey.

II

Cuando las nieblas hacen el horizonte oscuro,
ó la nortada azota los árboles distantes,
esta vieja posada, para sus estadantes,
tiene un pasillo, donde recogerse, á seguro.

En un silencio augusto, la fuerza de un conjuro
le dan sus dos paredes largas y equidistantes,
sin más ornato que cuatro vigas tirantes,
puestas sobre ocho ménsulas, que rebasan del muro.

Todo está como entonces; cuando el buen caballero
plantábase, al atisbo de aventura, acechando,
desde la reja, donde tenía su atalaya;

y en revuelo de mantos, con el paso ligero,
una dama y su dueña cruzaban, escapando,
el pavimento liso de maderos de haya...

III

Recoge, en sí, la vida de toda la posada
este hogar de montaña, con el fuego central,
y, alrededor, los bancos, de lustroso nogal,
colocados debajo de la campana holgada.

En el cazo, pendiente de la cadena ahumada,
la pitanza de establo cuece sobre el fornal;
y el cabrero, el boyero, el juez y el mayoral
le hacen corro, en los bancos, las noches de invernada.

Quién lleva malos días y quién le da consejos;
quién aún habla de brujas; quién el rescoldo aviva;
quién le imita, tentando la lengua de los viejos;

y quién, sin hacer caso de las charlas aquellas,
mira, por el boquete de la campana, arriba,
una banda de cielo constelada de estrellas...

IV

Me gustaría ser, como mi posadero,
para los que caminan, refugio en el camino;
ser el dueño, en mis calmas, del vaso de buen vino
que al leñador alienta y engaña al pordiosero;

contar, en mis manteles, con el plato sobrero
para el ignoto huésped que depara el destino;
estar medio yo en casa, medio yo peregrino,
persiguiendo el azar, de sendero en sendero...

Saber por cuántas sendas, cuántos pasos se dan,
buscando, en tantos sitios, una misma Apariencia;
tener, en mi hogar, brasas, y marco, en mis ventanas,

para todos los fríos y para todo afán;
y apurar, poco á poco, mi tranquila existencia,
entre un hervor febril de existencias humanas.

V

Por tantos anchos bosques, Otoño amarillea...
La carreta de bueyes, con su carga de helechos,
cuya balumba afirman dos mástiles derechos,
por los caminos, rojos de fango, traquetea.

Secan, al sol, y adornan las puertas de la aldea,
del forraje de invierno, los montones deshechos;
los heniles se colman de yerba hasta los techos;
niños y viejas andan con su carga de tea.

Junto á todas las casas del pueblo, en un rincón,
la leña del invierno va formando montón;
es Octubre; esta noche va á nevar, á la sorda...

Se cerrarán las sendas; quedará reducida,
en todo el pueblo, toda la emoción de la vida
al camino que va de la casa á la borda...